

XVIII Congreso.

25 | 27 de Abril de 2012. Querétaro.

Asociación Mexicana de Estudios del Caribe A.C



EL GRAN CARIBE CONSONANCIAS Y DISONANCIAS DE SU CULTURA AMBIENTAL

Carlos Véjar Pérez-Rubio

· Arquitecto mexicano, Maestro en Historia del Arte y Doctor en Estudios Latinoamericanos. Investigador en el Centro de Estudios sobre América Latina y el Caribe (CIALC) de la Universidad Nacional Autónoma de México, y profesor de la Facultad de Arquitectura de la misma universidad. Es fundador y director general de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*.

1. *Mare nostrum*

Mitos eólicos, mitos solares y mitos marinos; Antilia, isla adelantada en los mapas medievales; Atlántida, comarca de Neptuno más allá de las columnas de Hércules, según dijera Platón en el *Critias*. Huracán, *hurricane*, *ouragan*, *jurakán*, vientos desmesurados que soplan y barren y dispersan la semilla en las ínsulas y en las zonas continentales de la región de lo real maravilloso, esa que el mismo Almirante del Mar Océano nombrara con la voz “Caribe” un turbulento diciembre de 1492; Caribe, llave de la utopía occidental del Nuevo Mundo, fuente de incalculables riquezas y poder para los conquistadores europeos y de innumerables penurias y miserias para los “otros”, los conquistados, que a partir del mutuo descubrimiento comenzarían a ver sus territorios cada vez más irreales y menos maravillosos. Decir Caribe es decir fiesta, carnaval, tabaco, azúcar, ron, sudor insoportable, calor endemoniado, colores estridentes, olores embriagantes, ritmo, mucho ritmo, calypso, reggae, biguen, rumba, conga, salsa, plena, son, danzón, merengue, fandango, frutas lujuriosas, viandas succulentas: malanga, yuca, ñame, mango, boniato, quimbombó o callaloo... Decir Caribe es decir ajiaco, sancocho, asopao, *melting pot*, sincretismo, mestizaje pues, de todo tipo y de todos los tipos: mayas, nahuas, chibchas, taínos, arauacos-caribes, españoles, holandeses, franceses, ingleses, daneses, suecos, africanos de múltiples etnias —bantú, yorubá, akán...—, javaneses, libaneses, hindúes, judíos, chinos... “Todos los caminos del mundo comen en nuestras manos”, escribió Saint John Perse, el ilustre poeta de Guadalupe.

De la riqueza cultural del Gran Caribe hablan bien la gastronomía, la literatura, la música, la plástica, la arquitectura, la danza, el cine, el teatro, el deporte, el humor, los estudios antropológicos e históricos, las tradiciones, pero también el pensamiento y la



ciencia. Soplan los vientos de la Madre Naturaleza y desparraman por el mundo la obra de tantos genios, hombres y mujeres originarios de estas tierras de verdor exuberante y mar aturquesado... Seis escritores del Gran Caribe han obtenido el Premio Nobel de Literatura: Saint John Perse, Miguel Ángel Asturias, Gabriel García Márquez, Octavio Paz, Derek Walcott y V. S. Naipaul.

Los pueblos caribeños encuentran su raíz más profunda en las migraciones que desde época remota han dejado huella en su territorio, y en el mestizaje étnico-cultural que suele acompañarlas, diáspora de todo tipo, centrífuga, centrípeta, violenta, forzada, constante. Inmigrantes de muy remotos mundos, contrapunto en blanco y negro, ¿cuántos millones de negros africanos, “infames de derecho”, fueron trasplantados a estas tierras por los blancos traficantes europeos desde que en 1518 Carlos V expidiera la primera Real Cédula concediendo licencia de llevar cuatro mil esclavos de África a las Antillas? ¿Cómo olvidar a ese obispo portugués que sentado en su silla de piedra de Loanda bendecía a los esclavos a medida que entraban a las bodegas de los barcos, garantizándoles a través de su bendición apostólica la bienaventuranza indecible de una vida futura con la que no tenía comparación el corto periodo de tribulación terrena?¹ Migraciones del campo a la ciudad: ¿desaparecerá un día del mapa social el jibarito, el guajiro, el ranchero, el campesino, para convertirse en un ente anónimo más de los barrios periféricos y miserables de las congestionadas urbes contemporáneas? ¿Logrará expulsar la dinámica económica al indio y al negro de sus ancestrales y endogámicos enclaves de resistencia en el ámbito rural de la región? Migraciones internas y externas, pasadas y presentes, futuras... jamaquinos en Panamá, nicaragüenses en Costa Rica, *cocolos* y haitianos en República Dominicana, dominicanos en Puerto Rico, puertorriqueños en Nueva York vía la guagua aérea, cubanos

¹ Peter Worsley, *El Tercer Mundo*, Siglo XXI, México, 1966.



en Miami, mexicanos y centroamericanos en... El destino máspreciado: Estados Unidos. La principal causa: la económica, producto del subdesarrollo que prevalece en la región.

2. Del urbanismo a la cultura ambiental

Vegetación exuberante, extensas playas, voluble clima, aguas azules, verdes, transparentes, fauna marina, sol radiante, arena ardiente, calor insoportable, palmeras, manglares, loros, gaviotas, cocuyos, mosquitos, viento huracanado, negros nubarrones, lluvias torrenciales, mar embravecido, mortales arrecifes, barcos naufragados, tesoros sumergidos, puertos de abrigo, campos cultivados, azúcar, tabaco, cafetos, bananas, selvas intrincadas, montañas escarpadas, volcanes activos, valles extendidos, ingenios, centrales, bateyes, bohíos, piñas coladas, rones destilados, aromas embriagantes, arroyos cristalinos, poblados pintorescos, dispersos caseríos, ciudades que cantan, bailan, lloran, sudan, bosques de piedra, cemento, acero, barro recocido, chapas de zinc, vidrios, cristales, maderas tropicales, costeñas trigüeñas, morenas sensuales, rubias delirantes, blancos bronceados, mestizos, mulatos, jabaos, Caribe milenario, ritmo, mucho ritmo, todos los negros tomamos café.

El ambiente, para decirlo en dos palabras, es la unidad del hombre y el entorno. En la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos realizada en Vancouver, Canadá, en 1976, quedó definido el sistema ambiental —el *habitat*— como “el ámbito físico natural y artificial en el que desarrollan su vida las sociedades humanas”. Es el *habitar* lo que le da sentido a un sistema ambiental, trátase de minúsculos poblados rurales o de grandes centros urbanos. Las relaciones que se establecen entre los pobladores, su composición social, las diversas expresiones culturales que se manifiestan en la



convivencia cotidiana, sumadas a las condiciones geográfico-físicas del lugar, sus antecedentes históricos, su estructura económica y su conformación urbano-arquitectónica, le dan al espacio habitado su carácter específico. Su identidad.

“La justicia ambiental materializa la justicia social”, decía el arquitecto cubano Fernando Salinas en su interesante estudio sobre la cultura ambiental de la Revolución Cubana, publicado en La Habana en 1984, axioma que se expresa crudamente en las ciudades y pueblos caribeños, en los que la desigualdad social —y ambiental— es carta de identidad. En su propósito manifiesto de hacerlos a su imagen y semejanza, el Primer Mundo les exporta una arquitectura y un concepto de ciudad creados a partir de sus peculiares modos de vida, sus avances tecnológicos y su potencialidad económica, expresiones que contrastan con aquellas que emergen anónimas y precarias en los barrios populares y marginales de las ciudades y pueblos del Gran Caribe. Ambas expresiones urbano-arquitectónicas muestran dos mundos encontrados y conforman una sola, desoladora realidad. Conviene analizar los precedentes.

En los años 20 del pasado siglo, cuando soplaban ya con fuerza en el mundo los vientos de la modernidad, los temas relativos a la ciudad atraían cada vez más la atención de los especialistas, sobre todo en los países desarrollados. Todo había comenzado hacia fines del siglo XIX, cuando la expansión de la sociedad industrial y la urbanización consiguiente propiciaron el surgimiento de una nueva disciplina, distinta a las artes urbanas anteriores por su carácter reflexivo y crítico, y sus pretensiones científicas: el urbanismo.²

² La población urbana de Europa no pasaba del 3% hacia 1800 y la de Estados Unidos alcanzaba el 6.1% del total. Un siglo después, hacia 1900, esos porcentajes se habían proyectado al 40%, aproximadamente, mientras que en México sólo el 10.5% de la población era urbana. Para 1930, 49% de la población inglesa y 45% de la estadounidense habitaba ya en grandes ciudades. Cf. Fernando Chueca Goitia, *Breve historia del urbanismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1970, p. 186. Actualmente, la población urbana de Estados Unidos alcanza el 75% y la de México el 78%.



A lo largo de ese siglo, pensadores como Owen, Carlyle, Ruskin, Morris, Fourier, Cabet, Proudhon, Marx y Engels, entre otros, se habían ocupado del problema de la ciudad, sin disociarlo nunca de las cuestiones relativas a la estructura y significación de las relaciones sociales, así como de su correspondencia con su opuesto, el campo. Incluso, la idea de la ciudad como sede de la vida civilizada, contrapuesta a la barbarie rural, es puesta a crítica por muchos de estos pensadores, alineados con el socialismo emergente de la época. Fueron ellos los precursores de esta nueva disciplina.

En ese siglo XIX se realizaron importantes obras de regeneración urbana a fin de ordenar, embellecer y sanear las ciudades europeas y estadounidenses, en donde el proceso de industrialización estaba más avanzado, siendo quizás la más significativa la que se ejecutó en el corazón medieval parisino bajo los designios del barón Georges Haussmann, prefecto de esa región del Sena entre los años 1853 y 1870. Este ambicioso plan de modernización del París decimonónico, que barrió con buena parte de los barrios antiguos, habría de tener gran influencia en ulteriores propuestas aplicadas a las más variadas urbes del planeta, latinoamericanas y caribeñas incluso, como Buenos Aires y La Plata, en Argentina; Goiania, en Brasil; La Habana, en Cuba; y la ciudad de México. Cabe señalar que detrás de esos propósitos estaba también la necesidad del Estado de revalorizar el suelo urbano, a fin de abrirle un camino atractivo al capital de los inversionistas inmobiliarios, imprescindible para el desarrollo arquitectónico y urbanístico de las zonas regeneradas, cuyos habitantes originales fueron expulsados a los barrios proletarios de la periferia. Las ciudades habrían de maquillar con ello su carácter de espejo de la sociedad que las habita.

En 1924 se crea en París el *Institut d'urbanisme*. En 1928 dan inicio los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), que reúnen en diferentes ciudades europeas a los profesionales de vanguardia en esta disciplina, liderados por personajes



como Le Corbusier, Sigfried Giedion, Hannes Meyer, El Lissitzky y Alvar Aalto, quienes propugnan entre otras cosas la conjugación indisoluble de la arquitectura y el urbanismo. En 1933 le toca el turno a Atenas, en donde los trabajos, deliberaciones y conclusiones del Cuarto Congreso constituirán la base de la llamada Carta de Atenas, en la que se establecen los principios fundamentales del ordenamiento de la ciudad moderna, incluido el patrimonio histórico —habitar, trabajar, recrearse y circular— y se proponen interesantes conceptos, como los siguientes:

El espíritu de la ciudad se ha formado en el curso de los años; simples edificaciones han cobrado un valor eterno en la medida en que simbolizan el alma colectiva; son la osamenta de una tradición que, sin pretender limitar la amplitud de los progresos futuros, condiciona la formación del individuo tanto como el clima, la comarca, la raza o la costumbre. La ciudad, por ser una «patria chica», lleva en sí un valor moral que pesa y que se halla indisolublemente unido a ella³.

En 1931 se había realizado también en Atenas el Primer Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de los Monumentos Históricos, promovido por la Oficina Internacional de Museos de la Sociedad de las Naciones, del que surgen los principios y normas generales iniciales sobre la restauración y conservación de monumentos históricos. En el documento redactado por esta Conferencia, conocido también como “Carta de Atenas”, se propone respetar “el carácter y la fisonomía de la ciudad, especialmente en la cercanía de monumentos antiguos donde el ambiente debe ser objeto de un cuidado

³ Le Corbusier, *Principios de urbanismo (La Carta de Atenas)*, Ariel, Barcelona, 1971, p. 32. En esa reunión de Atenas se analizaron 33 ciudades, ninguna de ellas latinoamericana por cierto.



especial”.⁴ Esta propuesta es una primera referencia a la preservación de la identidad ambiental y a la conservación de los centros urbanos históricos, que entrará pronto en contradicción con los postulados y la praxis del movimiento moderno de la arquitectura. La Carta de Atenas del CIAM (1933), al sostener que “el culto del valor histórico o pintoresco no puede sobrepasar los valores de habitabilidad”, mostraba su incompreensión de los valores intrínsecos de la ciudad tradicional, cuyos centros históricos serán pronto vulnerados por los excesos funcionalistas urbano-arquitectónicos, en los que el mismo Le Corbusier pondrá la muestra. Habrán de pasar más de tres décadas para que esta situación comience a revertirse, siendo fundamental para ello la realización en 1964 del Segundo Congreso de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos, en el que se aprobará la llamada Carta de Venecia, considerado el más importante documento que se ha emitido sobre la preservación y restauración del patrimonio histórico construido.

La relación de las ciudades con la sociedad que las habita cobra en aquellos años gran importancia y es materia de estudio de diversas disciplinas. La cultura ambiental que se desarrolla en las ciudades modernas había sido puesta a crítica inicialmente al comenzar el siglo XX por Georg Simmel en su ensayo *Las grandes ciudades y la vida del espíritu*, en el que expone la enajenación del hombre moderno que habita en la gran ciudad, que no es para él más que un conjunto abigarrado de edificios, aglomeraciones, tráfico ininterrumpido de personas y mercancías, en donde la vida cotidiana es más intelectual y fría que en la ciudad pequeña. “En las grandes ciudades —dice Simmel— la proximidad espacial está asociada a una distancia espiritual, y los sentimientos y lazos afectivos de la población son menos importantes que en la ciudad pequeña.”⁵ Y hay que pensar que las grandes ciudades

⁴ *Carta de Atenas para la Restauración de Monumentos Históricos*, Atenas, 1931, punto 7.

⁵ Georg Simmel, *Roma, Florencia, Venecia*, Gedisa, Barcelona, 2007.



de su tiempo eran, por ejemplo, Berlín, que en 1910 tendría 3,400,000 habitantes; o París, con 3,000,000; o la más grande, Londres, que llegaría a los 7,000,000 de habitantes en ese mismo año.⁶ Simmel cuestiona el ideal romántico del progreso cultural al sostener que la economía del dinero estimula en el hombre la tendencia a la abstracción, favorece el desarrollo de las facultades intelectuales en menoscabo de las afectivas y, al mismo tiempo, provoca una despersonalización de las relaciones humanas.⁷

En 1938, Louis Wirth publica en el *American Journal of Sociology* un ensayo que se volverá un clásico de la sociología urbana: *El urbanismo como modo de vida*, en el que dice que “el problema central del sociólogo de la ciudad es descubrir las formas de acción y organización sociales que, de modo típico, emergen allí donde se da el establecimiento relativamente permanente y compacto de grandes cantidades de individuos heterogéneos⁸”. La heterogeneidad de la población urbana, según Wirth, se explica entre otras cosas por los inmigrantes provenientes de otras ciudades, del campo y de otros países, lo que convierte a la ciudad en “un crisol de razas, gentes y culturas y la base más favorable para nuevos híbridos biológicos y culturales⁹”. Este célebre ensayo será puesto a crítica varias décadas después por autores como Manuel Castells, quien afirma que todo lo que en la tesis de Wirth es “cultura urbana”, no es en realidad más que la traducción cultural de la industrialización capitalista, la emergencia de la economía de mercado y el proceso de racionalización de la sociedad moderna. Ya en los años 70, el mismo Castells, tomando como base las ideas anteriores, definirá la cultura urbana —en el sentido antropológico y

⁶ Domingo García Ramos, *Iniciación al urbanismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, segunda edición, 1965, p. 93.

⁷ Georg Simmel, *Filosofía del dinero*. Traducción e introducción de Ramón García Cotarelo, Comares, Granada, 2003.

⁸ Louis Wirth, *El urbanismo como modo de vida*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2ª edición, 1968, p. 20.

⁹ *Ibid.*



etnográfico del término— como un sistema de normas, valores y relaciones sociales que poseen una especificidad histórica y una lógica propia de organización y de transformación, o —por lo que concierne a los actores— de comportamientos, actitudes y opiniones¹⁰.

Más recientemente, han causado un fuerte impacto las reflexiones que desde el campo de la economía y las ciencias sociales se han hecho sobre el proceso de urbanización de los países latinoamericanos y caribeños, que ha convertido a sus ciudades en receptáculos desordenados de contradicciones y desigualdades, sociales y ambientales. Así mismo, el tema de la *sustentabilidad* está hoy en boca de todos, cuando se ciernen sobre el planeta innumerables amenazas debido al calentamiento global provocado por los gases de efecto invernadero de la planta industrial. Este concepto surgió en los años setenta del pasado siglo, cuando la defensa del medio ambiente y la ecología se convirtió en uno de los temas relevantes de las agendas políticas en numerosos países, ocupando la atención de los especialistas de diversas disciplinas. Fue en junio de 1972, durante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano celebrada en Estocolmo, Suecia, cuando surgió la convicción de que se estaba atravesando por una crisis ambiental a nivel mundial. El tema cobró renovado impulso a partir de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro, de 1992, cuando se habló por primera vez del “desarrollo sostenible”, que implicaba ya no solamente el cuidado del medio ambiente, sino la relación entre éste y las formas de producción y consumo que practican los seres humanos.

Puntualicemos. La cultura ambiental de toda ciudad o poblado es tan multifacética y variada como lo sean sus habitantes, unidos y diferenciados por motivos económicos, políticos, ideológicos, sociales, religiosos, étnicos y culturales, en su más amplia acepción.

¹⁰ Manuel Castells, *Problemas de investigación en sociología urbana*, Siglo Veintiuno, España, 7ª edición, 1971, p. 50. También en *La cuestión urbana*, Siglo Veintiuno, España, 2ª edición, 1976, p. 95.



Son los sujetos sociales, con su actuación e interacción consciente e inconsciente, quienes van creando ese complejo entramado de la vida urbana. Cada ciudad se percibe y se vive de cierto modo por cada uno de sus habitantes —y de sus visitantes—, para quienes siempre existirá la calle entrañable, la esquina memorable, el farol fundido, la casa soñada, la banca en el parque. En realidad, todos los habitantes de una ciudad tienen relación cotidiana o eventual con alguna o varias de sus partes, lo que hace que la imagen que conservan de ella esté siempre llena de recuerdos y significaciones. Henri Lefebvre, allá por los años 60, cuando la semiótica estaba en boca de los especialistas, decía: “Habría que estudiar cómo se significa la globalidad (semiología del *poder*), cómo se significa la ciudad (es ésta la semiología propiamente *urbana*), y cómo se significan las maneras de vivir y habitar (semiología de la vida cotidiana, del habitar y del *habitat*)¹¹”.

3. El sincretismo ambiental caribeño

El espacio caribeño, desde el punto de vista de la semiótica, no es algo inmutable y que se manifiesta siempre de igual manera. No es un discurso meramente descriptivo de rasgos culturales que se asumen como comunes. Más bien, una vez definido como signo, este espacio pasa a ser reconocido como una *matriz generadora de signos*. En el caso de las ciudades caribeñas, asentadas en un ambiente de naturaleza exuberante y desbordada, el subdesarrollo y la dependencia, así como los procesos migratorios inherentes, han propiciado que la yuxtaposición de símbolos edificados sea más un desorden ininteligible que una estimulante expresión de variedad. Antonio Benítez Rojo dice que llevan “en sus entrañas ciudades minúsculas, fetales, nódulos de turbulencia que se repiten —cada copia

¹¹ Henri Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona, 1969, p. 83.



diferente— por marinas, plazas y callejones”¹². Además, ocurre con ellas lo mismo que con todas las cosas sometidas a un proceso de mezcla, de mestizaje: pierden su expresión original y lo ambiguo pasa a ocupar en ellas el lugar de lo auténtico. Es el sincretismo ambiental, término que para Roberto Segre tiene una significación que no es negativa o reductiva, al expresar una integración creadora y original de elementos que se fusionan en un producto inédito; y al absorber atributos de la cultura popular dentro de la cultura profesional, otorgando una particular importancia a los componentes vernáculos y aquellos originados en las estructuras productivas, hegemónicas en las plantaciones rurales, los que luego se revierten en las tipologías arquitectónicas urbanas¹³.

La mimesis y la parodia están presentes en las características ambientales de las ciudades caribeñas, sean ellas de origen colonial español, inglés, francés u holandés, como La Habana, Veracruz, San Juan, Santo Domingo, Cartagena de Indias, Panamá, Nassau, Kingston, St. George, Fort-de-France, Point-a-Pitre, Oranjestad o Willemstad, por nombrar sólo algunas de las principales. Bridgetown por ejemplo, la capital de Barbados, es tan británica que sus estrechas callejuelas de nombres ingleses, como Broad Street, desembocan en una Trafalgar Square en miniatura, estatua de Nelson incluida. No es de extrañar. En general, todas las manifestaciones culturales dominantes de los países colonizados y dependientes han estado determinadas siempre por los cánones dictados por las metrópolis, que han coaccionado así, históricamente, la creatividad de sus pueblos originarios y mestizos. Carpentier mismo lo hacía notar en una de sus crónicas parisinas de 1931, en la que afirma que en “América Latina, el entusiasmo por las cosas de Europa ha dado origen a cierto espíritu de imitación, que ha tenido la deplorable consecuencia de

¹² Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*, Casiopea, Barcelona, 1998, p. 251.

¹³ Cf. Roberto Segre, *Arquitectura Antillana del Siglo XX*, Editora de Arte y Literatura-La Habana y Universidad Nacional de Colombia-Bogotá, 2003, p. 17.



retrasar en muchos lustros nuestras expresiones vernáculas [...] Hemos soñado con Versailles y el Trianón, con marquesas y abates, mientras los indios cantaban sus maravillosas leyendas en paisajes nuestros, que no queríamos ver¹⁴.

Los cánones y dogmas importados se han confrontado siempre, sin embargo —en un interesante ejercicio dialéctico—, con los diversos factores que conforman la realidad concreta caribeña, imposibles de soslayar. Las condiciones físico ambientales, por ejemplo, rebasan las fronteras geopolíticas y temporales, teniendo una influencia determinante en el carácter e idiosincrasia de los pobladores y en su modo de vida. “La influencia de la naturaleza es el único elemento que no cambiará con las metamorfosis de las culturas tradicionales”, dice Bruno Stagno en su libro *Arquitectura para una latitud*¹⁵. Y cita al arquitecto estadounidense Louis Kahn, quien una vez dijo que “se aprenden las reglas del arte viendo mucho, oyendo mucho y sintiendo mucho, pero hay otras cosas que surgen de las características mismas del aire y de la luz... presencias eternas y muy simples con las que debe mantenerse una conversación permanente en arquitectura”¹⁶.

En los países desarrollados ha existido siempre la creencia de que el hombre que habita en el trópico es un ser indolente, perezoso, extrovertido, festivo, sensual, que cuando no se encuentra bailando, cantando o amando está plácidamente dormido bajo un sombrero de palma en una hamaca suspendida de dos palmeras, de donde le basta estirar la mano para cortar una banana cuando tiene hambre y un coco para saciar su sed. Visión estereotipada que el cine hollywoodense y la literatura *best seller* se han encargado de divulgar. Poco se sabe en esos lugares de las penurias que se padecen en las zonas tórridas por los rigores del clima, que van desde la canícula provocada por el sol abrasador, la humedad excesiva, las

¹⁴ Alejo Carpentier, *Crónicas*, Tomo II, Letras Cubanas, La Habana, 1985, p. 481.

¹⁵ Bruno Stagno, *Arquitectura para una latitud*, Menhir, México, 1997, p. 33.

¹⁶ *Ibíd.*



lluvias torrenciales, las inundaciones, los vientos huracanados y la sequía prolongada, a la que se suman plagas de insectos que destruyen las cosechas y provocan las más diversas enfermedades tropicales. Calamidades todas ellas difíciles de enfrentar con los limitados recursos de los países subdesarrollados y que, lógicamente, padecen con mayor intensidad las mayorías depauperadas que habitan en los barrios populares de las ciudades y los precarios asentamientos rurales, cuyas condiciones urbanísticas y arquitectónicas están lejos de brindarles una adecuada protección del inclemente medio físico, por muy folclóricas y típicas que puedan lucir las edificaciones. Es en este marco en el que se genera todos los días la cultura ambiental de una gran parte de la población caribeña, que contrasta con aquella de los sectores pudientes y los turistas extranjeros, cuyo modo de vida es radicalmente distinto y, desde luego, mucho más receptivo a las influencias foráneas, con las que hay que estar obligadamente a tono. La injusticia social y ambiental está aquí bien expresada. Basta caminar un rato al mediodía por las calles soleadas o el malecón de cualquier ciudad de la cuenca de los huracanes o comer o dormir o amar en una habitación de cualquier barrio popular, para darse cuenta de ello, al quedar uno convertido de inmediato en un caldo de olores, sabores y sudores exóticos, con las consiguientes molestias y las ineludibles interjecciones e imprecaciones, en las que es rico el léxico regional. Caso muy diferente al de aquellos seres que disfrutan esas mismas actividades tan humanas en un espacio idóneo de hotel de cinco estrellas o lujosa mansión con aire acondicionado, música ambiental, televisión por cable, jacuzzi en el baño y piscina sombreada por palmas reales y lonarias de colores, entre otras lindezas propias de nuestro tiempo (y de su clase social).

En realidad, los pueblos caribeños han desarrollado una cultura propia a lo largo de los siglos, una cultura *híbrida* que no ha podido ser engullida por el “progreso” y la



“modernidad”, a pesar de los más entonados cantos de sirenas eurocéntricas, lo que ha sido clave para la construcción de su identidad regional. La riqueza de lo vernáculo se expresa en los espacios arquitectónicos contruidos con materiales y técnicas artesanales preservadas celosamente por la tradición, en los que la adecuación al clima y la idiosincrasia es fundamental. Los magníficos ejemplos de este tipo de arquitectura que podemos encontrar todavía en algunos ámbitos del Gran Caribe, que contrastan con las anónimas torres de cristal que extienden sus tentáculos al ámbito bucólico, son una buena muestra de ello. Esta arquitectura vernácula se explica además por la preeminencia del medio rural sobre el medio urbano en la mayor parte de la cuenca, en donde el proceso de urbanización ha sido más lento que en otras partes de América Latina. Entre otras causas, habría que anotar que la industrialización, asociada históricamente a los procesos de urbanización, ha sido muy limitada, particularmente en las islas. El turismo, la “industria sin chimeneas”, de gran impulso en la región y empleador intenso de mano de obra del ámbito rural, no se asienta ni necesaria ni mayoritariamente en las zonas urbanas.

El problema de la identidad ambiental adquiere una connotación particular en el caso de la cultura caribeña, en la que contrasta como hemos visto el ámbito rural y su peculiar modo de vida con el medio urbano. Por un lado tenemos que la colonización hispana impulsó la creación de importantes ciudades en el Caribe insular y continental identificadas con la metrópoli española y puente necesario para el flujo de riquezas de sus vastas posesiones americanas. Sus principales símbolos edificados serán las fortalezas, las plazas, los cabildos, los templos, los palacios señoriales, las mansiones, los mercados. Pero nada semejante ocurrió con el resto de las islas y territorios continentales colonizados por las otras potencias, considerados únicamente como centros de producción de azúcar, café y tabaco, en los que las ciudades no eran más que puertos de abrigo para el almacenamiento y



la exportación de la materia prima. De allí la modestia relativa de los centros urbanos franceses, holandeses e ingleses, que contrasta con la monumentalidad de las ciudades españolas. Y de allí también que en esos territorios destaque particularmente la vivienda vernácula de los ricos hacendados como icono del sistema ambiental de la plantación, contrastando con los barracones del batey en los que se hacinaban los esclavos.

Desaparecido el sistema colonial hispano en las postrimerías del siglo XIX, disminuido el francés, el inglés y el holandés, e implantado ya firmemente en la región el dominio estadounidense en las primeras décadas del siglo XX, serán estos contrastes y la hibridación resultante del encuentro de la cultura popular con los modelos europeos y norteamericanos importados por las burguesías nacionales, y adaptados por los arquitectos, constructores y usuarios de cada localidad, los que le otorguen el marco específico a la cultura ambiental caribeña que se desarrollará a partir de entonces. Y sus peculiares rasgos de identidad.

Ciudad de México, febrero de 2012

